

EL MEDITERRANEO EN...

(Viene de la Pág. anterior)

lucos y negra, y conjuntamente, una espiritualidad que se conoce como la de la realidad; tierras donde no se ha producido la segregación de lo social y lo religioso características del norte europeo. El admirable sacerdote dominico M. A. Couturier, analizando el arte sagrado del mundo de esta latitud a la que nos hemos restringido en el presente caso de España, la identificación con la realidad que movía al artista. "El deseo de un mundo nuevo y del arte español ha sido idéntico, mucho más allá del realismo, de la representación, de la identificación del arte con la realidad, identificación del pueblo con esas figuras a las que rememora con sus pies, sus albas, sus cabelllos. Todas estas cosas pueden sobrellevarse pero en ellas encontramos un realismo de lo sagrado que debe imponer respeto".

Seguendo el mismo carril también podrá hablarse de una identificación de lo social y la religión. En el mundo siempre desgrazado para abarcar todas las esperanzas aun cuando presuman, ciertos conceptos porque este hombre mediterráneo no quiere cambiar el reino de la tierra por el de los cielos ni el mundo que aspira a una conjunción que establecerá la justicia aquí como allá.

La novela *Crísis* de aquí que se trufifica se decanta sobre esta dolorosa aspiración, y la fuerza revolucionaria que de ella se desprende radica en una revitalización del contenido social de la enseñanza que el mundo ya había preocupado al movimiento anárquico-cristiano del XIX (trácese El quiete evangelio de E. J. Ryner). El pope Fotis que encabeza al perseguido, hambriento pueblo griego de la Anatolia se interroga ante la violenta interpelación de sus hombres: "¿Qué le he preguntado a mí, y lo que he preguntado a Dios? ¿No es la vida que me ilumina. Le clamó Señor, muchas veces que me enseñe las bases para nuestro nuevo pueblo. No más injusticias; que todo el mundo tenga hambre y frío, o que todo el mundo coma y pueda vestirse y calentarse. ¡No podemos, Señor, implantar la justicia en la tierra! ¿No es así? él afirma el pope Grigoris, el enriquecido pastor cómplice de los poderosos: "¿Sabed que el mundo, que es vuestro cuatro pilares: son la fe, la patria y el honor el cuarto poder. La propiedad no alarqué, pues, la materia. Dios ha repartido los bienes según sus leyes ocultas que sólo Él conoce. La justicia de Dios es una cosa, la de los hombres es otra. Dios ha creído a los ricos y los pobres en la tierra, así que intenta perturbar el mundo se enfrenta contra la voluntad de Dios".

El pope Fotis que interroga a Dios y duda acerca de sus caminos, burlándose diciendo, cuando la miseria se haya abatido sobre su rebaño junto con la cruz infame del mundo, los cristianos enriquecidos: "Hubo un tiempo en que yo mismo me preguntaba: ¿para qué luchar por la tierra? ¿Por qué? ¿Qué me importa este mundo? Soy un esclavo del cielo y siento cansura por volver a mí mismo. Pero con el tiempo, he comprendido y variado de pensar. Nadie puede entrar al cielo si anteriormente no ha trabajado en la tierra y nadie puede vencer aquí si no lucha contra el mundo con los pies, con paciencia y sin descansa. El hombre no posee otro trampolín que la tierra si quiere salvarse. Pero todos los popes Grigoris, los Ladás, los agós, los grandes terratenientes con sus fuerzas del mal que los reparos nos han tocado para combatir contra ellas. Si depone las armas, estas mismas perdidas, aquí abajo, y allá arriba en el cielo".

Y Manolios, el joven pastor a quien corresponde el papel de mundo en la representación, será crucificado cuando grite en la ignia: "¡Bolchevique significa lo que piensa mi mente, si entonces soy bolchevique, padre Cris- te y yo somos bolcheviques".

Pero esta identificación es sólo una parte, y la más aparente, del pensamiento siempre atrozmente de un hombre en quien mundo y espíritu se tuvieron siempre en guerra y que busco sin cesar a lo largo de una extensa

vida una conjunción superior que resolviera los contrarios dentro de una vasta unidad. Esta actitud significa la dirección ecuménica del hombre mediterráneo.

★ Mundo y espíritu

Alonso Frías, traductor inglés de la Odisea de Kazantzakis, ha señalado la contradicción entre su persona y sus obras, y aun, dentro de éstas, la pugna de elementos antitéticos que explica así: "Muchas de las ambivalencias de su carácter como las de su héroe autobiográfico, Odiseo, creo que proceden de su esfuerzo para sintetizar esas dualidades en sí mismo, en su acción y en su obra, para aceptar todas las antinomias de la naturaleza que no son buenas o malas, morales o inmorales en sí mismas, y fundirlas en el fuego de una visión mística que lo conduce sin embargo a una interpretación realista de la naturaleza como microcosmos y macrocosmos".

Kazantzakis ha vivido entre dos socializaciones poderosas: la de la carne, el goce de la vida más espontánea e incluso animal, y la del espíritu con su sello ascético y purificador. Hamboleado entre estas atracciones violentas y realista pasó muchos días buscando una solución, y la cual totalidad de su literatura no es sino un reflejo de esta pugna interior que le movió a la lectura de filósofos y reformadores religiosos, a su vagabundeo por el mundo occidental y el oriental — que en este cretense se cruzaron con desgarramiento — hasta que, desesperado por no hallar una salida, se retiró por años en el monasterio del Monte Athos, para meditar.

Parte Kazantzakis de la dicotomía bergsoniana entre intuición e inteligencia, y del funcionamiento del "elan vital" como previo movimiento explicativo de la energía viviente, anterior a toda comprensión racional. En su primera novela importante, *Alexis Zorba*, escrita en primera persona, re-

entrañe el proceso de un hombre tal, uno y bisqueado en sus vocaciones, un intelectual que "ha leído todos los libros" como en el poema de Mallarmé, que aferrado a los textos bíblicos lucha por conciliarlos al ascetismo y al mundo; ha despedido a su amigo y discípulo arudo que ha partido para Turquía a luchar junto a los griegos oprimidos; ahora encuentra a un maravilloso "simbad el marino" que tiene setenta y cinco años, se llama Alexis Zorba y es el más pleno gozador del mundo concreto, a quien admirará y espantará, quien en última instancia le hará gustar nuevamente de los frutos de la tierra.

De sí mismo dice: "Yo estaba decepcionado por el deseo ingenuo de encontrar la síntesis en que fraternizarían las oposiciones irreconciliables y de ganar a la vez la vida terrestre y el reino de los cielos. Eso duraba desde hacía años, desde mi primera infancia. Y es él quien clasifica a los hombres: "Creo, Zorba, a su vez que puedo equivocarme, que hay tres especies de hombres: los que tienen como finalidad vivir su vida, comer, beber, amar, enriquecerse, sus calzones. Luego los que tienen por finalidad, no su propia existencia, sino la de todos los hombres. Sienten que todos los hombres son uno solo y se esfuerzan por iluminarlos, amarlos todo lo que pueden y hacerlos el bien. Por último aquellos cuya finalidad es vivir la vida del universo entero: todos, hombres, animales, plantas, astros, somos una sola cosa, una sola sustancia que cumple el mismo terrible combate. ¿Cuál? Transformar la materia en espíritu".

Pero ¿cómo cumplir ese combate? apartándose de la vida o integrándose en ella? En este intelectual intuitivo que es Kazantzakis hay un hombre que descansa de quienes se apartan de la vida, y la pintura sordida del monasterio cretense en Alexis Zorba muestra a las claras la corrupción que una falsa vida de apartamiento produce en el hombre. Y en sí mismo arde la desesperación por liberarse del respectuoso intelectual: "Escapar a Buda, desembra-

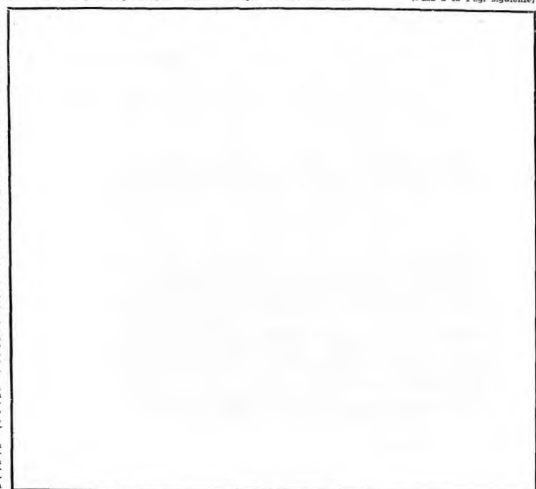
zarse en las palabras de todas las preocupaciones metafísicas y liberar mi alma de una vana angustia. Establecer, a partir de ese momento, un contacto profundo y directo con los hombres. Quisiera soledad es posible, ma decía". Bajo ese aspecto se ve reflejado por el ojo de su criado Zorba: "Por lo que entiendo, su señorita nunca ha tenido hambre, nunca ha estado asociado con la mujer de otro. ¿Por lo tanto qué puedes saber del mundo? Carebelo inocente, carne que no conoce el sol... murmuró con evidente desprecio".

La paz profunda que experimentará un día de primavera, cuando la urgencia carnal sea más poderosa y entre en la casa de la vida, le permitirá percibir por primera vez, en toda su esencial y simple perfección, el sabor del mundo. Había luchado inútilmente para desentrañar el ideológico que es la realidad. "Hombres, animales, árboles, estrellas, todo es inseparable; feliz aquel que comienza a desafiarse y a adivinar lo que dicen, pero desdichado también". Pero en otro momento de sus admirables diálogos con Zorba, piensa: "Al escuchar a Zorba yo sentía renacer la virginidad del mundo. Todas las cosas cotidianas y decloradas requerían el brillo que tenían en el primer día cuando salieron de las manos de Dios. El agua, la mujer, la estrella, el pan, volvían a la misteriosa fuente primitiva y el divino torbellino se desmenuzaba nuevamente en el aire".

Y su recuperación de la vida se simbolizará en el momento en que, como Zorba, para expresar lo que siente, no use de las palabras, sino que se eche a danzar frenéticamente porque no es su inteligencia sino su cuerpo entero su vida, la que habla.

★ El gran combate

Pero no es este el fin a que nos conduce Kazantzakis, sino solamente un momento de reposo. Como el personaje autobiográfico de Alexis Zorba, también el Manolios de Cristo de *manolios* (Passa a la Pág. siguiente)



El Mediterráneo

(Viene de la Pág. anterior)

vo crucificado y el Axis de El poble de Asia, y, por encima de todos, el Jesús de La última tentación, eligen la vía del ascetismo y del espíritu, en una áspere lucha contra las tentaciones de la vida, pero persisten en ella. Y es también una vía ascética la que elige el capetan Miguel que se consagra heroicamente a la causa de la libertad de Creta en Libertad o muerte luchando brutalmente contra la tentación del goce y la felicidad terrenal representados por la circasiana Emlina Hanum a quien dará muerte para liberarse de su imperio sensual.

Todos estos héroes lo son en la medida de su capacidad de renunciamiento que, al cumplirse, los proyecta en una dimensión suprahumana. "Desde el día en que perdí toda esperanza —dice el capetan Miguel luego de matar a la circasiana y de saber que la insurrección está perdida— me parece, lo juro por la Tierra que pisamos, me parece que soy inmortal". Es también la inmortalidad a la que se aproxima Axis entre sus combates, y es la que refulge sobre el Jesús de la cruz cuando vence la última tentación que es la de la vida humana terrenal, y es la que aguarda a Manollos cuando ha dominado el deseo de felicidad —"¡Qué hermoso es el mundo...!"— y toma sobre sus hombros los pecados de los hombres.

Nadie mejor que Kazantzakis para revelar el proceso que cumplió. En 1954 escribió el siguiente credo para el volumen *This I Believe*: "Desde mi juventud la lucha fundamental y la fuente de todas mis alegrías y pesares ha sido la incesante y despiadada batalla dentro de mí entre la carne y el espíritu. Dentro de mí están los más antiguos, prehumanos, oscuros y brillantes poderes, y mi espíritu es la arena donde esos dos ejércitos se han encontrado para pelear. Siento que si uno de ellos hubiese conquistado y aniquilado al otro me habría perdido; pues amaba mi cuerpo y no quería que desapareciera; amaba mi alma y no quería que decayese. Luché para unir con amistad esos dos poderes antitéticos y universales, hasta que comprendiesen que no eran enemigos sino colaboradores, hasta que se regocijaran como yo en su armonía.

"Esta lucha duró por muchos años. Traté de encontrar mi salvación por diferentes caminos: el del amor, el de la curiosidad científica, la filosófica, el renacimiento social y finalmente el difícil y solitario sendero de la poesía. Pero cuando veía que todo esto conducía al abismo, el miedo me asaltaba y retrocedía tomando otro camino. Este vagar y este martirio duraron años. Finalmente, desesperado, busqué refugio en Aithos, la montaña sagrada de Grecia que no ha sido nunca visitada por una mujer y donde durante miles de años miles de monjes han dedicado la vida al ruego y a la castidad. Allí, en la soledad de la montaña sagrada, en una vieja ermita suspendida sobre el mar comencé una nueva lucha. Primero ejercité mi cuerpo en la obediencia del espíritu; durante muchos meses lo obligué a soportar frío, hambre, sed, falta de sueño y toda clase de privaciones. Entonces me volví hacia el espíritu; sumergido en una dolorosa concentración, traté de vencer dentro de mí las pasiones menores, las virtudes fáciles, las baratas alegrías espirituales, las esperanzas convencionales. Finalmente una noche desperté a una gran alegría porque había visto el rojo sendero dejado tras de sí en su ascensión —dentro de nosotros y en todo el universo— por un cierto Combatiente; vi claramente sus sangrientas huellas ascendiendo de la materia inorgánica a la vida y de la vida al espíritu.

Repentinamente una gran iluminación surgió en mí: la transmutación de la materia en espíritu. Allí estaba el gran secreto, el rojo sendero seguido por el Combatiente. Aunque se había liberado de la materia inorgánica y había ingresado al organismo vivo de las plantas, se sentía ahogado, por lo cual pasó al organismo animal transmutándose constantemente de materia en espíritu. Nuevamente constreñido pesó al hombre-mono, ése al que demasiado pronto hemos designado co-

mo "hombre", y ahora lucha por liberarse de él y transmutarse realmente en hombre. Vi entonces con claridad el progreso de lo Invisible y supe cuál debía ser mi tarea: trabajar conjuntamente, en armonía, con el Combatiente, transmutar también yo en mi pequeña órbita, materia en espíritu. Sólo así podría alcanzar la meta más alta del hombre: la armonía con el universo.

Al sentirlo profundamente me supe liberado. No cambié al mundo —no podía hacerlo— pero cambié mi visión de él. Desde entonces luché; primero conscientemente y con angustia; después inconscientemente y sin cansarme, no haciendo nada que desarmarizara con el ritmo del Gran Combatiente. Si me he sentido a partir de ese momento avergonzado de cometer actos vulgares, es porque sé que tengo una gran responsabilidad en el progreso del mundo. Trabajo y pienso con certeza porque sé que no se perderá mi contribución al proceso profundo del universo. Incluso yo, un mortal, puedo trabajar con Algún que es inmortal, y mi espíritu también puede hacerse cada vez más inmortal. Esta armonía, que no es pasiva, sino una incesante y renovada reconciliación y cooperación con poderes antitéticos, ha sido para mí una continuada liberación y redención.

(Continuaré en el próx. núm.)

(*) Para este artículo se han manejado las siguientes obras de Nikos Kazantzakis: *The Odyssey*, a modern sequel. Traducción en verso de Rilmon Friar. Ilustraciones de Ghika. New York, Simon and Schuster, 1948, 324 ps.; *On mont Sinal a l'île de Venus*. Traducción de Pierre Fridas y Gisèle Prasinova. Paris, Plon, 1937; *Le Jardin des rochers*. Prefacio de Axis Izzat. Paris, Plon, 1959, 296 ps.; *Alexis Zorba*. Traducción de Yvonne Gauthier. Paris, Plon, 1942, 439 ps.; *Toda Sara*. Santiago de Chile, 1942; *Cristo de nuevo crucificado*. Traducción de José Luis de Izquerdo Hernández. Buenos Aires, Carlos Lohé, 1957 (séptima edición), 447 ps.; *Libertad o muerte*. Traducción de Rosa Chacel. Buenos Aires, Carlos Lohé, 1957, 444 ps. (prólogo de A. Dea Doolard); *El pobre de Asia*. Traducción del francés por Enrique Peyroni. Buenos Aires, Sur, 1958, 296 ps.; *La última tentación*. Traducción de Roberto Bixio. Buenos Aires, Sur, 1950, 462 ps.